



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

PROF. DR. IVAN PUZYNA

Estudió en San Petersburgo y Roma. Publicó numerosos trabajos en ruso, alemán, francés, inglés y serbio. En lengua alemana: "La Iglesia rusa ortodoxa y el problema de la unión"; "La cultura renacentista en Italia y en Rusia"; "Dostojewski y el evangelio eterno". En francés: "El Bolchevismo y el mundo católico". En inglés: "¿Es Rusia la clave para la unión de la ortodoxia oriental?", etc.

... Mis padres fueron creyentes y piadosos. Lo era particularmente mi madre. Cada tarde era yo testigo de su oración prolongada durante horas enteras. Frecuentemente me llevaba al cementerio, donde se encontraba la sepultura de una de mis hermanas, Tanja, muerta a la edad de dieciséis años. Fué Tanja una joven bondadosa y amable. Mis padres no acababan de consolarse de su pérdida, y sólomente en la fe de Jesucristo encontraron fortaleza para sobrellevar su desgracia. Seis años contaba yo cuando murió élla, a pesar de lo cual permaneció siempre vivo en mi espíritu su amable recuerdo, y frecuentemente en las duras pruebas de la vida he sentido su ayuda, aun en ocasiones en que ninguna parecía razonable esperar.

Fué en un día otoñal cuando amaneció por primera vez a mis ojos la verdad católica de la unidad de la Iglesia. Tenía yo entonces unos doce años. Me encontraba en una función religiosa; el día estaba espléndido y la luz del sol inundaba el templo. El sacerdote recitó la oración "Roguemos por la unión de todos". Esta oración que me era familiar, conmovió esta vez profundamente mi corazón. Hubieron con todo de pasar largos años para que yo terminase por seguir aquella divina vocación.

El año 1913 sufrí el examen del doctorado en la Universidad de San Petersburgo. Como estudiante de la facultad histórico-filológica, sentía especial predilección por la historia medieval y del Renacimiento. Bajo la dirección de un profesor, trabajamos en un Seminario por penetrar en las obras e ideologías de algunos pensadores medievales. Fuerte impresión ejercieron también en mi espíritu las "Confesiones" de S. Agustín y sus exposiciones en "La ciudad de Dios". Con especial interés leí también por entonces el libro de Sabatier sobre S. Francisco, y pronto este santo llegó a ser el objeto de mi mayor devoción. A este mi primer amor católico siempre he permanecido fiel hasta el presente.

Siguiendo la práctica usual por entonces en Rusia, fui enviado de parte de la Universidad por dos años al extranjero, para completar mi especialización y preparar mi tesis doctoral. Elegí a Roma como centro de mi residencia y trabajo. No era precisamente este punto el más indicado, ya que mi trabajo había de versar sobre

el tiempo de los Medici. Pero un impulso irresistible me llevaba a Roma. Llegué a mi destino al comienzo del año 1914. ¿Cómo podré yo exponer las impresiones que me produjo la ciudad eterna? Con qué entusiasmo recorría yo la ciudad y visitaba sus ruinas de la antigüedad que me permitían reconstruir mentalmente la magnificencia de la antigua Roma.

Mayor impresión me hacían con todo los recuerdos de los primeros siglos del cristianismo. La sangre de los mártires me parecía mucho más preciosa que el esplendor de los Césares. Por todas partes y a cada paso constataba la victoria de la Cruz. Ostenta Roma el sello de los siglos; pero a la fe cristiana debe las obras de más inefable belleza: iglesias y palacios, pinturas y monumentos, preciosas colecciones de libros, etc. Verdaderamente una ciudad de Cristo, exclamaba yo con piadosa emoción, la ciudad predestinada para anunciar al mundo la gloria de Jesucristo.

Profunda impresión me produjo el altar del foro romano, consagrado al Dios desconocido. Este Dios desconocido de la gentilidad piadosa era nuestro Dios y nuestro Rey Jesucristo, y Roma era la capital de su reino sobre la tierra. ¿Eran ya católicas todas estas reflexiones? En todo caso pronto me había de sentir mucho más íntimamente penetrado de la ideología católica.

Vivía por entonces en Roma mi compatriota Vladimir Zabughin. Aunque nuestros padres se conocían, yo no llegué a conocerle a él en Rusia. Aconteció sin embargo que los dos elegimos la misma especialización: la historia del Renacimiento italiano. De esta manera vino a ser Zabughin el primer católico de rito oriental que yo conocí. Juntos hicimos frecuentes excursiones por los alrededores de Roma, en alguna de las cuales visitamos el monasterio de Grotta-Ferrata, que ha conservado el rito oriental con su liturgia en lengua griega. Los divinos oficios en Grotta-Ferrata, durante la semana santa del año 1914, constituyeron en mi vida un episodio imborrable.

Frecuentes fueron también mis visitas a la capilla ruso-católica de San Lorenzo, en la que Zabughin solía officiar de diácono los domingos. La rica biblioteca de Zabughin, en la que figuraban numerosas obras de pensadores católicos, estaba siempre a mi disposición. Mis predilecciones literarias por aquel tiempo fueron las obras del gran filósofo ruso-católico Vladimir Solovjev.

Entre otros motivos que impidieron el que mi conversión al Catolicismo se realizara el 1914, el principal fué mi convencimiento de que, en calidad de ortodoxo, pertenecía ya a la verdadera Iglesia de Jesucristo. En cuanto a organización exterior, la iglesia a que yo pertenecía me parecía ciertamente muy inferior a la Iglesia católica romana; a pesar de lo cual, presentaba aquella, a mi juicio, las características de la verdadera Iglesia de Jesucristo, en cuanto que posee todos los sacramentos de la Iglesia primitiva y no contiene errores. La conclusión que yo deducía, era que podía permanecer tranquilo en su seno.

Un segundo problema me preocupó por entonces. Reflexionaba: si la iglesia oriental ortodoxa adolece de una organización exterior defectuosa, mi deber personal consiste cabalmente en trabajar por el remedio del mal, o sea, por la unión de las iglesias.

El estallido de la guerra mundial con los múltiples problemas que acarreó, desterraron por largo tiempo de mi espíritu el pensamiento unionista. Más tarde los cuidados y sobresaltos de la guerra civil y de la revolución bolchevique, dejaron muy corto espacio para cuestiones e intereses de orden superior. No quiere esto decir que la revolución y el Bolchevismo debilitasen mis inclinaciones religiosas; al contrario. Precisamente entonces visitaba las iglesias con más frecuencia que de ordinario, y nada fué capaz de conmover mi fe. Pensaba sencillamente: el Bolchevismo es el enemigo; la iglesia rusa paciente, la obra de Dios.

Hacia el fin del 1919 la situación se hizo tan crítica, que ya no ví posibilidad ninguna de permanecer por más tiempo bajo el poder del gobierno soviético. En consecuencia induje a los demás miembros de la familia a optar por la fuga; pero hubieron de transcurrir largas y dolorosas semanas hasta lograr la ocasión. No puedo detenerme a contar todas las particularidades de aquella aventura; algunas sin embargo merecen ser recordadas. La familia se repartió en diversos grupos. Mi her-

máno y yo nos asociamos a cuatro contrabandistas finlandeses que, escapados de las cárceles bolchevistas, se disponían a pasar a pie a Finlandia por el golfo finlandés, helado a la sazón. Mi mujer y dos cuñados míos habían de seguirnos más tarde en trineo. Uno de los contrabandistas se encargó de volver por ellos, servicio por el que le entregamos cuanto poseíamos.

La huida desde San Petersburgo a Finlandia, que tuvo lugar en la noche del doce al trece de Febrero de 1920, suponía para mí, que no soy precisamente un deportista, una empresa abrumadora. Sobre la superficie del hielo, lisa como un espejo, las caídas eran innumerables y dolorosas. Cada paso era un resbalón.

Sin embargo era preciso avanzar, pues la vida de toda mi familia dependía del feliz éxito de nuestra huida. Continué, pues, adelante. Frecuentemente nos era preciso correr para burlar la vigilancia de los bolcheviques.

En los momentos de mayor sufrimiento aconteció un suceso maravilloso. Yo noté súbitamente dos personas que caminaban, mejor dicho, se deslizaban junto a mi derecha. Su presencia fué para mí un sostén y un consuelo en mi tormento. Pero ¿quiénes podían ser? Esta fué la pregunta que dirigí a mi hermano, el cual avanzaba junto a mí, a la izquierda. Pero éste no logró ver sino a los contrabandistas que nos precedían. A mí por el contrario me fué dado contemplar aún por largo rato las dos personas que seguían avanzando juntas.

Otro suceso inexplicable acaeció durante nuestra huida. Mi hermano se caía menos veces que yo. Una vez sin embargo se dió un golpe tan violento en la cabeza contra el hielo, que perdió el sentido. Rogué, pues, al guía de los contrabandistas nos esperasen un poco; pero me respondió que aquel sitio era especialmente peligroso, por lo cual, lejos de esperar, era preciso correr. Al ver que nuestros compañeros se alejaban de nosotros rápidamente, no me quedó otro remedio que tomar a mi hermano sobre mis hombros y seguir a los contrabandistas. Fué lo maravilloso que desde aquel momento cesaron mis caídas. Una hora entera duró mi agobiadora caminata, sin caer una sola vez. No es de este lugar relatar todos los acontecimientos de la fuga, como ni las interesantes particularidades de la que, con éxito semejante, realizaron los demás miembros de la familia. La aventura fué, a mi entender, un verdadero milagro de Dios, y con fervorosa acción de gracias alabé su bondad que nos salvó.

El punto de reunión de todos los fugitivos rusos que atravesaban las fronteras finlandesa, era Terrijoki. En esta población viví también yo al principio con mi mujer, alojado por algún tiempo en casa del párroco, con quien trabé estrecha amistad. El fué quien en el concejo municipal apoyó y sacó triunfante mi candidatura para director de la escuela real de la localidad. Me entregué entonces en cuerpo y alma a mi vocación de profesor, consagrando a la escuela mucho tiempo y trabajo en bien de la educación religioso-moral de mis numerosos alumnos.

El año y medio que pasé en Terrijoki, fué para mí de mucho trabajo en el terreno espiritual y religioso. Me interesó en aquel tiempo especialísimamente la historia de la Iglesia primitiva y la vida de Jesucristo. Se me ofreció también la oportunidad de leer los "Escritos breves" de Harnack, recientemente impresos, así como las obras de otros autores protestantes. Ellos me ofrecieron abundancia de particularidades; con todo, su concepción global sobre la Iglesia me pareció una aberración perniciosa.

En mis conversaciones con el párroco no dejé de manifestarle mis opiniones sobre las diversas cuestiones eclesiásticas y mi ideal por la unión de las iglesias. El párroco poseía una excelente formación cultural, defectuosa únicamente en todo lo referente a la Iglesia católica. Como respuesta a mis puntos de vista, me recomendó cierto libro de su biblioteca. Tratábase de un libelo contra la Iglesia católica cuyo autor, por su burda manera de discurrir, me hizo una impresión desastrosa.

Cuando en 1922 partí para Alemania, junto a las materias de mi especialidad, las cuestiones religiosas fueron las que atrajeron principalmente mi interés. Numerosos autores protestantes ejercieron poderoso influjo sobre mi espíritu. Lo ejerció particularmente la última gran obra de Harnack, que trataba sobre la doctrina de Marción. En esta doctrina encontré la explicación de los acontecimientos históricos de que yo mismo había sido testigo ocular. El Bolchevismo, me dije al terminar la

lectura, es la obra de Satanás, y el resto del mundo que pacta y traba alianzas con el Bolchevismo, no es nada mejor. Marción me decía: "el mundo entero es la obra de un ser cruel; el Reino de Cristo es todo lo contrario".

Me adentré a continuación con todo empeño en el estudio de la Mística, y lei cuanto pude haber a las manos sobre Mística católica, mahometana, budhista y antigua. . . A este tiempo pertenece mi obra sobre la filosofía religiosa del florentino Marsilio Ficino.

Pronto sin embargo noté el peligro a que me arrastraban estas corrientes; la concepción subjetiva de la religión amenazaba desterrar de mi vida todo sentimiento eclesiástico. ¿No eran precisamente el pecado de la Seudoreforma y el espíritu de la moderna teología protestante los que me influenciaban? Para mejor percatarme de la esencia y espíritu de la Seudoreforma, me apliqué a estudiar la vida de Lutero, y pronto hube de reconocer que tenía más razón Eck que Lutero. Por este rodeo me fui acercando cada vez más a la concepción católica de la Iglesia.

El año 1923 llegaron a Berlín nuevos fugitivos rusos. Eran profesores que había desterrado el gobierno bolchevique, por no encontrar marxista su ideología. Entre ellos se encontraba un ruso católico, por nombre Kusmin Karawayew. Me acordé inmediatamente de un estudiante del mismo nombre, conocido en la Universidad de San Petersburgo como bolchevique convencido. Fué consiguientemente tanto mayor mi admiración al saber que K. Karawayew, había vuelto las espaldas al partido bolchevique para hacerse católico; más: que había padecido por su fe en las cárceles de la revolución. Pronto fuimos los dos buenos amigos. El pensamiento de la unión de las iglesias mereció su completa aprobación, y entramos fundamos una asociación para el fomento del pensamiento unionista, con miras a convertir a ortodoxos y católicos en una sola Iglesia. Desgraciadamente nuestras trayectorias se distanciaron algunos meses después. El obispo Tychon, jefe de la comunidad ortodoxa de Berlín, a quien yo había manifestado confidencialmente mis tendencias católicas, no halló mejor remedio que el de exigirme la promesa de no abandonar la iglesia ortodoxa, al menos durante tres años. La misma promesa hice también a mi confesor, y la he cumplido fielmente.

Mis razones en favor del Catolicismo se apoyaban en el Evangelio, en su doctrina sobre la unidad de la Iglesia de Jesucristo y sobre el primado del sucesor de Pedro. Fundábanse también en la historia: en el hecho innegable de la unión de la primitiva iglesia ruso-ortodoxa con la Iglesia universal, y de su posterior separación de hecho, no de derecho.

En la primavera del del 1924, por obediencia para con el obispo Tychon me empecé en una discusión pública contra K. Karawayew, quien, ante numerosos oyentes, defendía la unidad de la Iglesia de Jesucristo. Frente a él, yo mantuve la proposición de que la ortodoxia "constituye el traje espiritual del pueblo ruso". Mi hábil réplica fué aprobada por la concurrencia con un atronador aplauso. Mientras tanto en mi interior, yo sentía asco de mis sofismas, y amargado, abandoné el salón sin esperar la respuesta de Karawayew. Para mis adentros, la razón, a pesar de los aplausos, estaba de su parte, no de la mía.

Los tres años siguientes fueron para mí de inconsolable sufrimiento. En mi corazón, yo pertenecía a la Iglesia católica; pero mi promesa me tenía separado de ella exteriormente. La consecuencia fué una reacción contra todo lo religioso sin distinción. Creyendo serme ilícito seguir la voz de la conciencia, procuraba olvidar toda idea religiosa. Con todo, aun en esta lamentable situación, la divina Providencia nunca me dejó en la estacada.

Por medio de mi hermana, entré en relaciones con el Prof. Dr. Berg, el párroco de la comunidad ruso-católica de Berlín. El Dr. Berg ayudó siempre con la misma caritativa servicialidad a mis pobres compatriotas en todas sus necesidades. Esta sacrificada ayuda para con todos los ortodoxos me hizo grande impresión. La espléndida obra de caridad de los católicos alemanes en favor de los ortodoxos, abría ante mis ojos el horizonte de la acción santa de la Iglesia católica, que padeciendo y amando, luchando y triunfando avanza por el mundo. ¿Cuánto tiempo habría yo de permanecer aún alejado de la Iglesia? Ni yo mismo lo sabía. El impulso último, inmediato para mi conversión, le corresponde a una circunstancia externa.

En el otoño de 1927 el obispo Sergio, vicario del Patriarca y jefe de la iglesia ruso-ortodoxa, publicó una proclama en la que identificaba la causa revolucionaria con la de la iglesia ruso-ortodoxa. La declaración era sencillamente desconcertante. Los bolcheviques combatían a la iglesia de Cristo; más; el ateísmo pertenece a la esencia misma del Bolchevismo. ¿Qué camino tomar? Muchos rusos ortodoxos rompieron con el Patriarca y formaron comunidades independientes (autocéfalas). Otros se inclinaron a ver en la proclama del metropolitano Sergio, el resultado de una extorsión. Ambas tendencias me resultaban a mí inadmisibles, puesto que no cabía duda de que Sergio era el legítimo jefe de la iglesia ruso-ortodoxa, ni de que ninguna violencia podía triunfar contra aquella Iglesia a la que había sido hecha la promesa de que jamás las fuerzas del infierno prevalecerían contra ella. Comencé, pues, a buscar la Iglesia verdadera, la Iglesia invencible de que habla el Evangelio. Pronto llegó el momento de mi resolución. Una tarde llegó a mis manos el texto de la proclama del metropolitano Sergio. A la mañana siguiente manifesté a mi mujer que estaba decidido a abandonar la iglesia ortodoxa para hacerme católico.

La resolución fué relativamente fácil; pero la siguió una noche de insomnio. Me resultaba indeciblemente doloroso desprenderme de una iglesia con la que me unían tantos y tan deliciosos recuerdos. Después de la decisión, aún pasaron algunas semanas antes de ser recibido en el seno de la Iglesia; semanas bien dolorosas por cierto para mí. Verdad es que el Todopoderoso me deparó una celestial consoladora. Cierta día, entre las cosas que mi mujer trajo de la compra, se encontraba una revista vieja que había sido utilizada como papel de envolver. Al azar vino a tropezar mi vista con un artículo sobre Teresa Neumann, de la que yo nada sabía. Entre otras cosas, despertó mi interés la indicación que Teresa Neumann hacía de sus lecturas favoritas, entre las que se contaba la autobiografía de Santa Teresa del Niño Jesús. Aquella misma tarde pedí a un sacerdote católico me facilitase la vida de la Santa. Me prometió hacerlo. Al día siguiente tenía ya en mis manos el libro deseado. Los siguientes los pasé en oración a Santa Teresa, la cual desde entonces, nunca ha abandonado mi corazón ni mi casa.

El 15 de Octubre del año 1927, día de la gran santa Teresa de España, conservando el rito ruso-oriental, me hice católico. Es a mi parecer excepción rara que una persona mayor perteneciente a la iglesia ruso-ortodoxa, renuncie en su conversión, al hermoso rito oriental, a las maravillosas plegarias y peculiar piedad del oriente cristiano, para apropiarse la del occidente. Por lo que a mí toca, continúo siendo, cuanto al rito, un oriental convencido; y mi fe católica no es una maldición sobre mi pasada vida de ortodoxo, sino su rectificación y complemento.

¿Dónde se encuentra, en resumen, el valor y sentido de mi conversión? El Evangelio de S. Lucas dice que el hombre se puede saturar de toda palabra de Dios. Yo he oído la palabra de Dios sobre la unidad de la Iglesia, y a ella me he atendido. Es claro que el creyente, al aceptar y seguir una palabra de Dios, se obliga a reconocer y cumplir en santa obediencia los demás preceptos divinos. Así, pues, en mi vida espiritual, la conversión lejos de ser el último paso, ha sido más bien el primero hacia el último fin de todos los esfuerzos humanos: la vida eterna.

(Trad. de V. Cantera S. J.).